

3me: La pluma que flota sobre la piedra

Análisis crítico de la exposición: Disertaciones sobre la práctica del diseño

Francisco Solórzano. 2025

Guanajuato es una ciudad que no se posa, se incrusta. Las casas no se asientan sobre el terreno, lo penetran. No hay aquí superficie lisa ni trazo amable. Todo está hecho a fuerza de insistencia: las calles son túneles, talladas en la piedra como venas; las plazas, socavones a cielo abierto donde el aire entra apenas después de haber atravesado siglos de historia. Las construcciones no ocupan el suelo, lo muerden. Cada muro parece una extensión del cerro, como si hubiera brotado de él. Y es que en Guanajuato el suelo no se pisa, se negocia. No hay línea recta, no hay nivel cero. Aquí todo se hace a pesar del terreno. La ciudad no fue fundada, fue extraída. Es un lugar donde la historia pesa, y el suelo pesa más.

En ese contexto emerge la obra de 3me Arquitectura, dirigida por Enrico y Valentino Hernández acompañados por sus padres, que también son arquitectos, de los buenos, son maestros, y parte esencial de este taller familiar que más que oficina es linaje que ya huele a historia. Como una contradicción casi poética su arquitectura no se entierra, flota. No pelea con el terreno, lo sobrevuela. No se afirma con volumen, sino con aire. No compite con el peso del cerro, lo deja ser. Donde uno esperaría muros gruesos o cimientos agresivos, ellos trazan líneas finas, cubiertas que apenas se sostienen, planos que insinúan más de lo que contienen. Son una pluma sobre la piedra. Una arquitectura que, en vez de querer dominar el suelo, lo respeta, lo roza, y luego se eleva apenas, sin ruido, como pidiendo permiso.

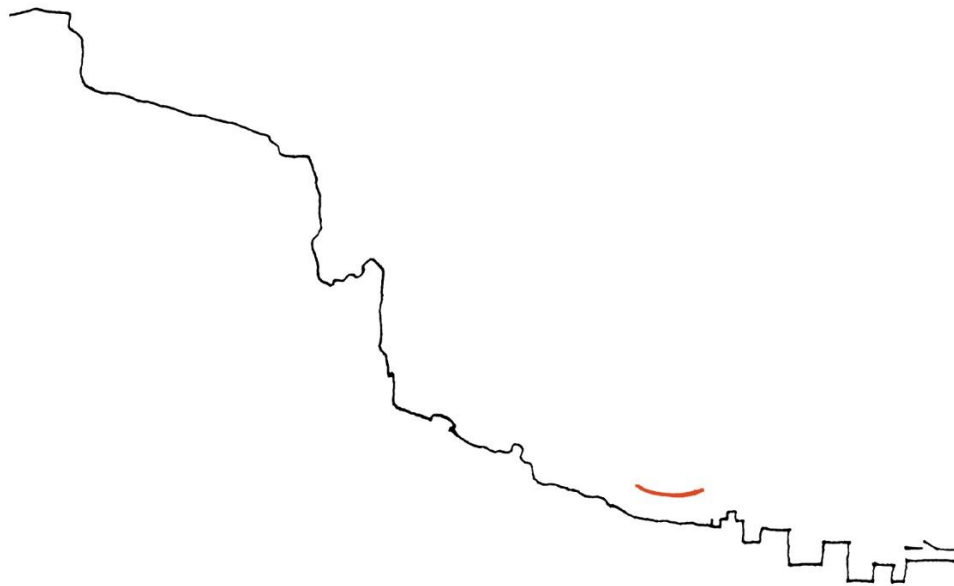
La reciente exposición de su trabajo en la Escuela de Arquitectura de La Salle, en León: - *Disertaciones sobre la práctica del diseño* - lo deja claro, sin necesidad de palabras. Las maquetas no se exhiben sobre mesas blancas ni dentro de vitrinas pulidas. No tienen cedulas porque no las necesitan. Nada de pedestales impecables ni fondos neutros. Se colocan directamente sobre polines de madera áspera, ruda, casi tosca, como si hubieran sido tomados de una obra que empezó una pausa. Como si antes de mostrarse al espectador, cada proyecto tuviera que afirmarse ante el suelo. Esta no creo que sea una estrategia escenográfica, mas bien es un gesto inconsciente profundamente coherente con su manera de hacer arquitectura: reconocer que incluso lo más ligero necesita anclarse a algo. Pareciera que cada pieza, antes de aligerarse, necesitara tocar fondo. Encontrar una base real, cruda, imperfecta, para luego elevar su ligereza. Como si las ideas, igual que los edificios, sólo pudieran flotar después de haber tocado tierra de verdad, haber pedido permiso.

Sus estructuras no se clavan, se posan. No hay violencia en sus trazos, no hay urgencia en sus formas. No excavan para imponerse ni para resistir; se elevan apenas, como si quisieran pedir permiso antes de tocar el suelo. Como si supieran que el terreno guarda memorias más antiguas que cualquier plano.

Hay en su trabajo un respeto casi ritual hacia la topografía, hacia la huella de lo preexistente, hacia el carácter callado de lo que ya estaba ahí mucho antes de que llegaran ellos con su arquitectura. No buscan borrar ni corregir el lugar, lo escuchan, no perciben el territorio en metros cuadrados, lo entienden en metros cúbicos. Y desde ahí trazan. Conscientes de que cada pliegue del terreno, cada sombra, cada trazo erosionado por el tiempo, también forma parte del proyecto. Como si levantar un edificio fuera, en realidad, una manera de continuar el paisaje sin interrumpirlo.

La ligereza no es fragilidad, es intención. Es una postura. Es una decisión precisa que no se toma por falta de fuerza, sino por convicción. Es elegir el vacío por encima del lleno, la sombra por encima del muro y, lo más notable, el aire como materia prima. Es entender que lo que no se construye también puede ser arquitectura. Que lo que deja pasar la luz, el viento y el silencio también tiene forma que lo transforma sin tocarlo, lo revela sin modificarlo. Porque en la arquitectura de 3me, lo que flota no es solo el edificio: es una forma distinta de ver y hacer arquitectura.

En tiempos donde la arquitectura a menudo busca hacerse notar, la obra de 3me se convierte en un acto de resistencia sereno: construir sin agredir, habitar sin imponerse, trazar sin estridencia. Su práctica me recuerda que la verdadera arquitectura no siempre se levanta con fuerza, a veces basta con posar una pluma sobre la piedra para cambiar la manera en que percibimos el territorio.



Una pluma sobre su sección.
Intervención digital sobre sección. “Despacho de abogados”
Instagram. 3me_arquitectura.

TALLER | Francisco Solórzano, 2025